

**PERSPECTIVA GEOPOLÍTICA DEL ATLÁNTICO SUR
EN LA ACTUAL ETAPA GLOBAL**

Héctor Dupuy

Centro de Investigaciones geográficas - Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP - CONICET). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata – Argentina.

Correo electrónico: *hectordupuy92@gmail.com*

RESUMEN

La cuenca del Atlántico Sur constituye una región de interés geopolítico que ha trascendido el mero carácter de área estratégica de paso hacia otros océanos o de acceso a los continentes próximos y a sus recursos y mercados.

En las últimas décadas, la importancia de sus recursos (ictícolas o energéticos), la magnitud alcanzada por algunas de las economías emergentes regionales o la presencia militar desarrollada por las principales potencias, entre otros factores, la han incluido entre las zonas atractivas y preocupantes del planeta, pasando por las prácticas de afirmación de soberanía de Estados litorales, el afianzamiento de la presencia militar de Estados Unidos y Gran Bretaña, la avidez en la prospección y explotación de hidrocarburos, las prácticas pesqueras, los intentos por desarrollar una genuina cooperación sur-sur regional y, sin duda, la cada vez mayor presencia de China en las economías suramericana y africana.

La etapa geopolítica y económica iniciada en la nueva década, con su nuevo juego de tensiones y particularismos hegemónicos, parece haber desviado su atención hacia el Pacífico y el gran conjunto eurasiático, por una parte, o hacia los problemas internos de cada potencia, por otra. En el presente trabajo intentaremos, basándonos en los aportes teóricos de Wallerstein y Taylor y de los ciclos sistémicos de acumulación de Arrighi, así como en las perspectivas sobre los espacios geográficos propuestas por Lefebvre y en análisis propios con respecto a la evolución de la Geografía política, reinterpretar el verdadero valor geopolítico del Atlántico Sur en la actual etapa.

Palabras clave: geopolítica – cooperación sur-sur – poder hegemónico

INTRODUCCIÓN

La cuenca del Atlántico Sur constituye una región de interés geopolítico que ha trascendido el significado que, tradicionalmente, le han asignado las potencias que han ejercido la hegemonía mundial. Asimismo ha variado la importancia que le han venido asignando los Estados que se encuentran en sus orillas, así como la importancia que algunos de ellos han alcanzado en las últimas décadas.

En el presente trabajo se intenta reinterpretar el verdadero valor geopolítico del Atlántico Sur en la actual etapa. Para ello nos basaremos en los aportes teóricos de Immanuel Wallerstein y Peter Taylor (Wallerstein. 2006; Taylor y Flint. 2002), según los cuales, en la actual economía-mundo, la dinámica de la geopolítica global se apoya en la conformación de órdenes geopolíticos en los cuales, un grupo de potencias centrales establecen los términos de la agenda política, determinando las principales pautas de las relaciones internacionales. Sin embargo este poder hegemónico se ve relativizado por la característica fundamental de la economía-mundo según la cual, el máximo poder del sistema capitalista está dominado por un mercado mundial único el cual, mediante sus mecanismos basados en un libre juego de oferta y demanda y una libertad de competencia en manos de los grandes grupos transnacionales, establece las reglas económico-política básicas.

En este análisis, la conformación de estructuras de poder hegemónicas, por lo general, por una o dos grandes potencias, sirve de marco para el desarrollo de mecanismos que vinculan a una cantidad cada vez mayor de potencias mayores, menores, regionales semiperiféricas y Estados periféricos con escaso poder de decisión, intentan mantener una compleja trama en la que se entrecruzan lógicas económicas y políticas nacionales y globales. La dinámica de la misma, en períodos históricos de larga duración (Braudel. 1968), se ha caracterizado por incluir fases de auge y declinación del sistema, los tradicionales “pares de ciclos de Kondratieff”. Los mismos configuran “... ciclos de hegemonía de Gran Bretaña y Estados Unidos...”, relacionando “... el auge y la decadencia de la hegemonía con los procesos materiales fundamentales de la economía-mundo...” de Wallerstein (Taylor y Flint. 2002: 75). Sin embargo, a partir de la teoría de los ciclos sistémicos de acumulación (Arrighi. 1999), podemos evaluar que los ciclos representan, además del auge y la decadencia de una potencia en particular, procesos inversos de auge de los grandes negocios financieros (en las fases de decadencia hegemónica) y mayor acumulación y concentración de ese tipo de capital.

De esta manera, el que en la actualidad parece comportarse como un orden geopolítico en una fase de decadencia de la potencia hegemónica (Estados Unidos), nos presenta, más bien, una fase de auge en la concentración del capital financiero (grandes grupos transnacionales dedicados a la especulación) con un, hasta ahora, predominio de los negocios en los grandes centros bursátiles de las potencias centrales.

Desde estas bases teóricas, como esquema metodológico nos planteamos alcanzar la hipótesis que la importancia de la región sobre la que volcamos nuestro análisis se encuentra cruzado por un complejo orden geopolítico en el cual ni la potencia hegemónica en decadencia y sus aliados ni las nuevas potencias que condicionarían ese poder pueden asegurar el devenir de ese orden ni el de sus regiones. Esto bajo condiciones de una dinámica geopolítica que presuponen cambios permanentes.

ACTUAL ORDEN GEOPOLÍTICO

El evidente poder hegemónico demostrado por Estados Unidos en los años '90, se vio cuestionado de hecho por el ascenso de las nuevas potencias emergentes, en particular por el poder económico chino en expansión (Dupuy-Morgante-Salessi. 2015) y por el fortalecimiento de Rusia en el "corazón continental" mackinderiano. A pesar del *soft power* enunciado y, en parte, demostrado por estos nuevos actores geopolíticos de peso, la sensación de que la presencia mundial de la potencia norteamericana no contaba con el total del control que implica el papel de hegemón resultaba cada vez más claro a principios de este nuevo siglo.

Si el poder de una potencia se mide en función de su dominio en los planos económico, político e ideológico (Taylor y Flint. 2002), podemos pensar que, en el primero de esos aspectos, la pujanza de las economías emergentes durante la primera década del siglo XXI, en especial la del gigante asiático con dos dígitos de crecimiento, contrastaba bastante con respecto al tiempo prolongado de estancamiento de la economía de los países desarrollados centrales, en particular la de los Estados Unidos. De esta manera, si la primera potencia quería sostener sus títulos debía actuar seriamente en el plano político, en forma más decidida que lo actuado por la administración Clinton y sus vaivenes diplomático-bélicos de los '90. El despegue fue violento, en especial después del atentado contra las Torres Gemelas, el cual le sirvió para legitimar su Guerra contra el Terrorismo y el Eje del Mal. Sin embargo, esta andanada bélica se fue frenando, generando dudas por sus reiterados fracasos –Afganistan, Irak- y, en especial por la paulatina pérdida de credibilidad frente a sus aliados europeos y a la mayor parte de la opinión pública mundial –a pesar del esfuerzo de la prensa internacional adscripta a su poder-, en especial en cuanto a la justificación de la invasión a Irak de 2003. Y esto abre mayores dudas en cuanto al verdadero poder ideológico que puede esgrimir la primera potencia, el de convencer al mundo que su hegemonía no sólo es necesaria sino, más bien, indispensable. Sin embargo, no debe olvidarse que otra perspectiva ideológica esencial para asegurar el poder hegemónico es, o al menos ha sido hasta ahora, la fidelidad del hegemón con los principios demoliberales de la comunidad internacional que se compadecen con la práctica concreta del mercado mundial, en especial en su esencia financiera.

Ahora bien, si volvemos al punto en el cual las potencias emergentes no manifiestan su intención de asumir una actitud confrontativa directa (*soft power*), el poder de Estados Unidos resulta el único poder hegemónico, aunque no posea las máximas condiciones para serlo. Por su parte las potencias emergentes, si bien no confrontan, resisten a los embates y provocaciones –Asia central, 2001; el Cáucaso, 2008; Ucrania-Crimea, 2014; mar de la China Meridional, 2001- y fueron planteando bosquejos de una agenda política mundial alternativa, encabezada por un multilateralismo y una cooperación global, centrada en las relaciones sur-sur. Además hay que recordar que la crisis de la burbuja del 2008 fue dejando a los BRICS en una instancia político-económica de extrema complejidad.

Como corolario, si bien no estaríamos en presencia de la tan mentada transición hacia el multipolarismo, tenemos que considerar que la hegemonía unipolar estadounidense se encuentra condicionada por la presencia, discurso y accionar de las potencias emergentes.

Este orden mundial unipolar de hegemonía condicionada se encuentra en presencia de una fuerte crisis del Estado-nación en su forma clásica y de la conformación de bloques de

poder regional, lo cual reduce el poder relativo de Estados Unidos como potencia hegemónica (Merino.2017.1; Arrighi, 1999; Wallerstein, 2006; Harvey, 2004).

La nueva agenda planteada por los emergentes plantea una serie de aspectos que es necesario destacar. En particular en la primera década de este siglo, en menor medida en la actual, se ha puesto énfasis, en el marco de las relaciones comerciales, diplomáticas, de cooperación tecnológica, de observación y control del medio ambiente, de defensa común, de vinculación y compatibilización cultural, en una serie de metodologías impulsadas por los actores principales –las potencias y economías emergentes- y observadas con atención por el conjunto de Estados involucrados.

En primer lugar, se desarrollaron los mecanismos tradicionales; relaciones diplomáticas y acuerdos bilaterales que permiten activar o revitalizar, según los casos, intercambios comerciales, acuerdos de cooperación técnica, profesional, incluso universitaria, mecanismos para instalación de empresas o aportes financieros en capital o créditos para la concreción de planes de desarrollo, etc. Teniendo en cuenta las asimetrías lógicas entre países diferentes¹, estos mecanismos se llevan a cabo, por lo general, como formas de ayuda de un país más desarrollado hacia otro en inferioridad de condiciones, generando situaciones de dependencia, imposición de pautas de mercado, inclusive presiones políticas.

En las relaciones entre economías emergentes, en particular las potencias nuevas, y los Estados más desfavorecidos, estas situaciones no son ajenas. Sin embargo, el hecho de que las potencias emergentes se encontraban en plena expansión y manifestaban políticas muy diferenciadas de las tradicionales², no permite, al menos hasta ahora, vislumbrar acciones expansionistas como las desarrolladas durante los siglos XIX y XX. Sí podemos identificar el establecimiento de áreas de influencia (por ejemplo, China en África o Medio Oriente) a partir de campañas inversionistas o ayudas tecnológicas. Sin embargo, la existencia de varias potencias, más o menos equivalentes, producen inevitables superposiciones que son salvadas mediante acuerdos conjuntos³.

En una segunda instancia, es necesario destacar el desarrollo de grupos regionales, inspirados en el proceso de integración europeo, que han realizado experiencias muy variadas, desde simples áreas de libre comercio (ASEAN, CAFTA-RD) hasta complejos intentos para el desarrollo de mercados comunes (MERCOSUR, CARICOM, MCCA, ECOWAS, Mercado Común Árabe...). Los intentos integracionistas representan diversos imaginarios utópicos⁴, se asientan en procesos vinculados a las formas competitivas ultraliberales y resurgen de las nuevas economías emergentes. Han demostrado ser más eficaces para impulsar procesos políticos cooperativos que para lograr formas avanzadas de integración económica capitalista.

¹ Existen relaciones menos asimétricas, en los casos de complementación de economías de similar poder pero diferentes estructuras económicas. Sin embargo, la mayoría de estos casos se vincula a situaciones de fuerte competitividad. Casos novedosos son los que tienden a desarrollarse entre países petroleros con adversarios políticos comunes, como es el caso de Venezuela e Irán, o potencias emergentes, como Brasil y Rusia.

² Como las tradicionales políticas de dependencia de las potencias coloniales o neocoloniales.

³ Tal es el caso de los acuerdos entre Rusia, China e India, tradicionales competidores por distintas regiones de Asia, que hoy buscan acuerdos de convivencia y coordinación en esas mismas áreas. Fruto de este consenso es la creación de la Organización de Cooperación de Shanghai, que reúne a Rusia y China con la mayor parte de los Estados de Asia central, incluyendo a India, Pakistán, Irán y Mongolia como observadores.

⁴ Se pueden relacionar con utopías panregionales, como la gran nación árabe, la unidad latinoamericana o la utopía panafricana

Una nueva perspectiva está representada por el aumento de actores en los foros de debate sobre problemáticas globales. Mientras las décadas de 1980 y 1990 se caracterizaron por los debates mundiales protagonizados por escasos actores (Consejo de Seguridad de la ONU, *Trilateral Commission*, Foro Económico de Davos, G-7 o Grupo de las siete naciones más industrializadas), en los cuales se discutían temas que alcanzaban a todos los países del planeta, como la desocupación o el hambre, las experiencias paralelas de grupos de contrapoder (Foro Social de Porto Alegre, concentraciones de movimientos anti y luego alterglobalización) o las “contracumbres” (paralela a la Cumbre de las Américas de Mar del Plata, 2005) permitieron la instalación de una lógica participativa y deliberativa que llevó a las propias potencias a convocar a algunos de los países emergentes para que funcionaran como representantes o “voceros” del resto. Así se llegó a la conformación de un G-20 (G-7 ampliado), paralelo al cual se desarrolló un G-77, donde se reunieron los emergentes convocados con una buena parte de los excluidos, reeditando, en cierta manera el Movimiento NOAL (No Alineados) de la época de la Guerra Fría.

Es cierto que estas experiencias, así como las cumbres ambientales, en las cuales están presentes los máximos dirigentes de cada Estado, si bien implican formas participación masiva, no resultan muy eficaces a la hora de tomar decisiones. Sus amplias agendas quedan, por lo general, inconclusas e indefinidas, sirviendo más que nada para dejar sentadas determinadas posiciones, sin consecuencias directas de relevancia. Un caso particular de reuniones cumbre que fructificaron notablemente durante la primera década de este siglo fueron las realizadas por los líderes sudamericanos que desembocaron en la creación de una organización, la UNASUR (Unión de Naciones de Suramérica) que dio muestras de acción rápida ante situaciones críticas y de impulso a iniciativas regionales de relevancia.

Por último y para avanzar en decisiones más efectivas, los Estados con mayor protagonismo han optado por la realización de encuentros y contactos más reducidos, conocidos como un minilateralismo, con menores cantidad de actores, más apto para lograr una mayor eficacia diplomático-económica (Danglin.2012). El caso más acabado es el del grupo BRIC, que ha venido reuniendo a las denominadas potencias emergentes para debatir soluciones a los problemas globales y compartir y compatibilizar sus experiencias político-económicas.⁵

De una manera u otra, la participación masiva de las naciones en este tipo de eventos es una de las formas prácticas de ejercer un multilateralismo informal que implique acelerar la transición geopolítica hacia un sistema más participativo.

La crisis desatada en 2008 en las economías más desarrolladas, parece haber golpeado muy duramente a los emergentes, generando la idea de una verdadera decadencia de las economías líderes, en particular la brasileña y la sudafricana, y una fuerte sacudida para la del gigante ruso. Parecen menos afectadas China e India, aunque sus ritmos de crecimiento también se han visto mermadas por el fenómeno mundial. Sin embargo, las más afectada parecen ser las economías emergentes intermedias, con casos muy graves, como Venezuela, muy recientes, como Turquía o, derivadas de pésimas decisiones políticas, como es el caso de la Argentina.

⁵ El Grupo ya ha realizado diez reuniones cumbre (una por año), la última de las cuales se realizó en julio de este año en la ciudad sudafricana de Johannesburgo, Sudáfrica. Esta última nación se incorporó en 2011. Si bien esta continuidad parece evidenciar una verdadera fortaleza en su accionar, los vaivenes de la crisis iniciada en 2008 parece relativizar, hasta cierto punto, esta sensación.

EL ATLÁNTICO SUR EN LA GEOPOLÍTICA MUNDIAL

El sector meridional del océano Atlántico, se ubica al sur de la línea del Ecuador y al norte de la Convergencia Antártica, límite septentrional del Océano Antártico, localizada alrededor del paralelo de los 60º sur. Al oeste, Suramérica se extiende hasta el cabo de Hornos y al este África culmina en el cabo de las Agujas. Sin embargo, las tendencias geopolíticas desarrolladas durante el siglo XX permiten extender hacia el norte su área de influencia hasta el Trópico de Cáncer, límite meridional de la zona de operaciones tradicional de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), aún vigente, y, hacia el sur, se adentra en los mares australes con proyección antártica, dados los intereses de, al menos, tres Estados con soberanía en la región: Argentina, Chile y el Reino Unido. Esto sin desmedro de la vigencia hasta los 60º S del Tratado Antártico, pero con la mirada puesta en las intencionalidades geopolíticas de dicho actores⁶.

En esta última región se desarrolla un arco insular que prolonga hacia el este las cumbres de los Andes de Tierra del Fuego por las islas de los Estados, Georgias del Sur y Sándwich del Sur y alcanza la Convergencia Antártica en las Orcadas del Sur. El espacio oceánico encerrado al oeste de dicho arco y que se abre hacia el Pasaje de Drake, fue denominado como “Mar de Chile” por los geógrafos chilenos. Pero este concepto ha caído en desuso tras la aplicación del Tratado de Paz y Amistad entre Chile y Argentina de 1984, que puso fin al conflicto por el Canal de Beagle y que incluye la delimitación marítima al sur del Cabo de Hornos. Esta definición, basada en los conceptos de Coutau-Begarie (Coutau-Begarie. 1988), se encuentra sintetizada en el mapa de la Figura nº 1.

Si bien estas perspectivas parecen aceptables en términos generales, debe recordarse que, en su sector septentrional, este Atlántico sur extendido presenta dos áreas con identidades geopolíticas diferenciadas: el denominado “Mediterráneo atlántico”, en la boca occidental del estrecho de Gibraltar limitado por el triángulo Azores-Canarias-Madeira, de fuerte presencia europea, y la región del Caribe y el golfo de México, definida como “Lago Americano” o “Mediterráneo Americano” por el geopolítico estadounidense Alfred Mahan (1935:140)⁷, la cual es hoy controlada casi totalmente por Estados Unidos, a pesar de la presencia de numerosos Estados insulares independientes, uno de ellos - Cuba- claramente antagónico aunque hoy en vías de regularizar sus relaciones, y dependencias de potencias como Gran Bretaña, Francia y Países Bajos⁸.

Desde la mirada del estratega el Atlántico sur presenta características bastante definidas: alejado de los centros de poder central, se encuentra suficientemente abierta hacia el norte, resultando fácil de recorrer para una flota y menos favorable para su defensa costera⁹. Para matizar esta característica, o para apoyarla, se encuentra sembrado por islas, convenientes para la instalación de bases aéreas o navales. Con

⁶ Los tres países citados ostentan pretensiones sobre sectores de la Antártida que se superponen parcial o totalmente, según los casos.

⁷ La segunda denominación, “Mediterráneo Atlántico” ya había sido propuesta por Humboldt.

⁸ Sin duda, la presencia de la Cuba socialista ha venido a alterar, desde la década de 1960, tal hegemonía y la actual alianza de dicha república con Venezuela y algunos Estados insulares y sudamericanos en el ALBA (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América) ha profundizado tal enfrentamiento. Sin embargo, la reciente reunión entre los presidentes Raúl Castro y Barak Obama (21 de marzo de 2016), precedida por una serie de medidas de ambos gobiernos tendientes al deshielo de las relaciones, parecen anticipar un proceso abierto, aunque sin resultados del todo definidos.

⁹ La menor distancia entre las costas sudamericana y africana es de unos 2.900 km entre las costas de Brasil y Sierra Leona.

excepción de la plataforma del mar Argentino, que se extiende hacia el este en la latitud de las Malvinas, el resto está formado por grandes hoyas y planicies abisales, separadas por una cresta meridiana, la Dorsal Mesoatlántica, esencial para explicar la teoría de las placas tectónicas y la emergencia de numerosas islas (ver mapas de la Figura 2). Sus condiciones climáticas e hidrológicas son de notoria complejidad, lo cual afecta la navegación y propicia las condiciones para economía de aprovechamiento ictícola.

El Atlántico Sur extendido

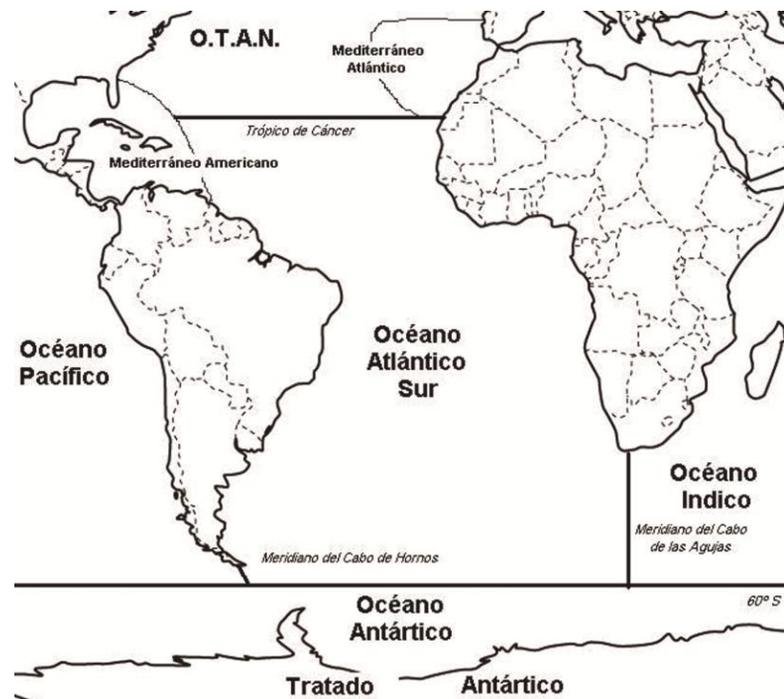


Figura nº 1

El Atlántico sur extendido

Fuente: Coutau-Begarie (1988) y elaboración propia.

Desde este punto de vista, Coutau-Begarie (1988:51-60) señalaba los principales ítems de una importancia insoslayable para las últimas décadas del siglo pasado:

- Vital arteria de comunicaciones, destacando rutas con flujos privilegiados como los del petróleo del golfo Pérsico hacia los mercados europeos.
- Importancia de puntos estratégicos cuidadosamente evaluados con respecto a los riesgos de ataque contra áreas de concentración de tráfico: los dos “mediterráneos” (el de Azores-Canarias-Madeira y el “lago Americano”), con numerosos estrechos de acceso y control; las costas de Nigeria y Angola, por su importancia energética; el estuario del Plata, confluencia del tráfico sudamericano e interoceánico; los tres estrechos entre el Atlántico y el Pacífico (Magallanes, Beagle y Drake); y la costa sudafricana, de acceso al océano Índico.
- Contornos sudamericano y africano vulnerables por sus reservas en materias primas mineras, comparables, según el autor, a las rusas y norteamericanas. A las mismas, habría que agregar la creciente importancia de los reservorios de agua dulce y de biodiversidad, muy importantes en ambos continentes en estas latitudes.

Estas condiciones generales nos abren un panorama que, sin negar las perspectivas anteriores, permiten revalorizar la región y las problemáticas geopolíticas que se han venido planteando en ella, tales como nuestro conflicto sobre las islas Malvinas.

En la actual etapa, la importancia adquirida por determinados recursos estratégicos implica reconsiderar la capacidad del Atlántico Sur para convertirse en un área de estratégica de valor considerable. Por un parte, la ingente necesidad de ampliar las zonas de prospección y explotación de hidrocarburos. Las costas sudamericana y africana presentan una línea discontinua, pero prolongada de yacimientos de antigua o reciente explotación. Países como Nigeria o la Argentina tienen pozos explotados de antigua data. Más recientemente Brasil, Angola, los pequeños Estados de la costa de Guinea e incluso las Malvinas (ver mapas de la figura 3), presentan zonas de actuales o futuras extracciones.



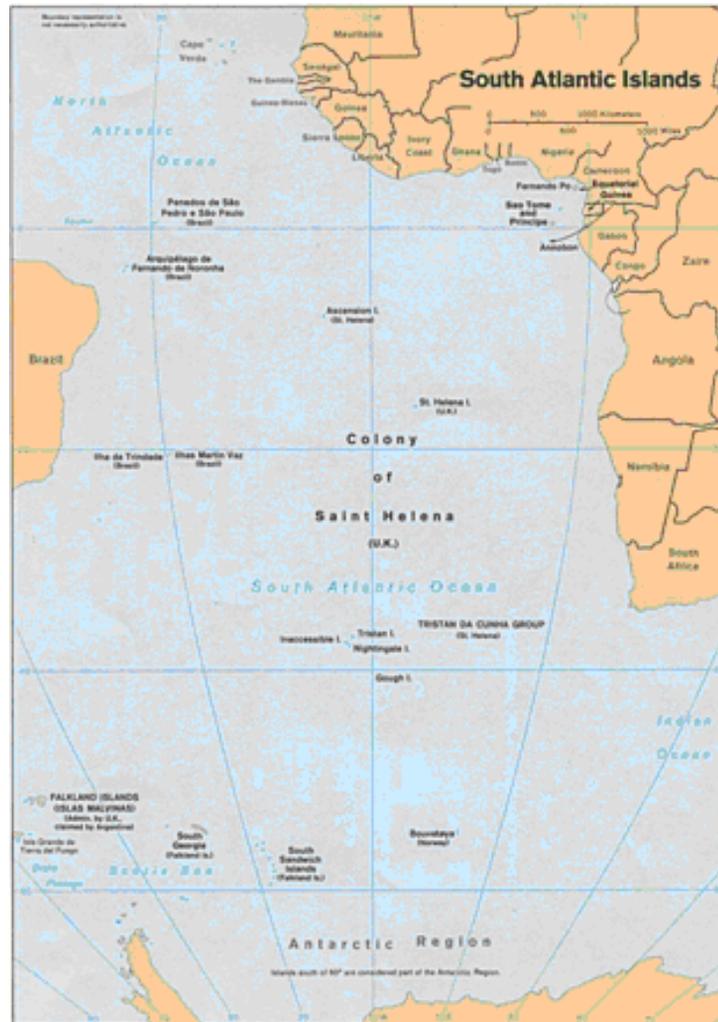


Figura 2

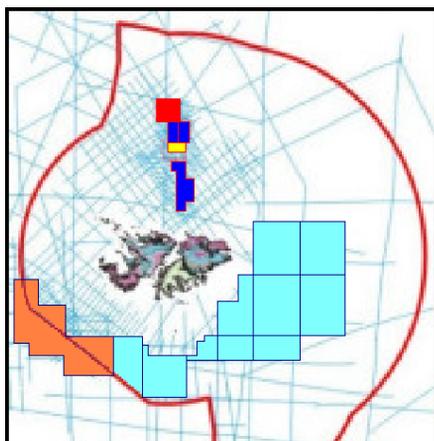
Fondos oceánicos e islas del Atlántico Sur

Fuentes: Aspectos geográficos de las islas. En página web:

<http://www.oocities.org/pentagon/barracks/4333/geog008.htm#ATS>.

Map of the South Atlantic Ocean Islands. En: www.geographicguide.com

Las perspectivas pesqueras son ampliamente conocidas, aunque no todos los Estados tienen un verdadero control de su explotación y las flotas de alta mar pululan por sus mares epicontinentales. Por otra parte, la existencia de microestados bajo régimen colonial, pero con autonomías de escaso control metropolitano (Malvinas, Santa Elena), tienden a desarrollar prácticas de paraísos *off shore* para las empresas pesqueras transnacionales.



Cuenca Septentrional (North Falkland Basin):

■ Argos -Evergreen

■ Desire Petroleum

■ Talisman Energy

Cuenca Meridional (South Falkland Basin):

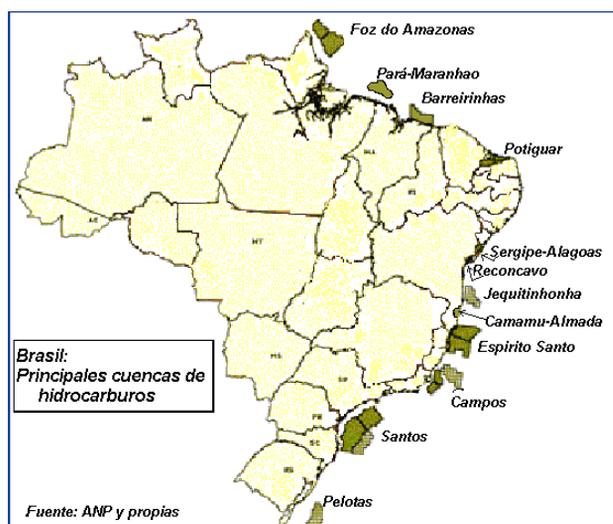
■ Falkland Islands Hydrocarbon Consortium

Área de Cooperación Especial (ONU, 1995)

■

Exploraciones petrolíferas en las islas Malvinas

Fuente: Stanganelli, I. "Intereses marítimos comparados".



Fuente: Stanganelli, I. "Intereses marítimos comparados".

Figura 3

Hidrocarburos en el Atlántico sur
Caso Malvinas y Brasil

RECLAMOS DE SOBERANÍA

A pesar de su tradicional desinterés económico en sus áreas litorales, la Argentina ha desarrollado una prolongada política de reclamo de soberanía marítima y de tierras emergidas próximas a su territorio histórico. Al ya conocido, aunque fluctuante, reclamo por la restitución de las islas Malvinas y pretensión sobre un sector del continente Antártico y sus islas aledañas, se agrega una reciente, aunque no actual, avanzada sobre

las decisiones tomadas por Naciones Unidas en materia de reconocimiento de soberanía marítima, a partir de la cual se desprende un reclamo integral, representado en el mapa de la Figura 4, publicado por la propia ONU como posición argentina en un pleito no resuelto.

Por su parte, otros Estados sudamericanos han avanzado también en sus reclamos atlánticos y antárticos. En especial Brasil ha desarrollado una política de soberanía sobre islas del océano próximas a sus costas (Fernando de Noronha, Trindade, Martin Vaz, etc.) y sobre sus mares continentales, importantes reservorios de hidrocarburos y pesca. Los Estados litorales africanos se encuentran más demorados en este tipo de reclamos, con excepción de Nigeria y Sudáfrica, verdaderos polos de poder regional, y la presencia de flotas pesqueras y plataformas petroleras *off shore* abundan en sus orillas con escaso o nulo control soberano.

Sin embargo, los Estados mencionados no son los únicos actores en el escenario del Atlántico Sur. Una serie de islas diseminadas entre los dos continentes dan cuenta de la subsistencia del poderío colonial británico. En este contexto, cabe preguntarnos la significación de dicha presencia, no sólo como resultado de un proceso histórico sino también en relación con las actuales coordenadas geopolíticas imperantes en el sistema mundial. Desde este punto de vista, los territorios que hoy ocupa –de manera nominal o efectiva- el Reino Unido en muchas partes del mundo, tan apartados como el Atlántico meridional y mar Argentino, el Caribe, el Atlántico norte, el Mediterráneo –incluido un sector de la península Ibérica- o la Polinesia, no son sólo relictos de un pasado colonial, sino, más bien, un imperativo geoestratégico en el que se encuentra comprometido junto con su aliado, los Estados Unidos de América.

Esta práctica, que ya lleva varios siglos de implementación y que fuera más exitosa antaño que en la actualidad, necesita hoy de una definición institucional que la incluya dentro de los parámetros democráticos y de convivencia internacional en el seno de un sistema que se propone normativas claras y coherentes. Así, surge el concepto de “territorio de ultramar”. Acuñado por los franceses, define aquellos ámbitos político-geográficos que, encontrándose bajo soberanía de una potencia, no forman parte de sus respectivos territorios nacionales. A pesar de su formalidad lingüística, el término suele pecar de ambigüedad.

Estos Territorios de Ultramar Británicos –BOT (*British Overseas Territories*) en la sigla inglesa- no son considerados como parte integrante del territorio nacional británico, reconocen a la reina del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte como su soberano, sus autoridades emanan de la voluntad de la Corona y del Parlamento británicos y no cuentan con instituciones democráticas de peso en la toma de decisiones como las que poseen algunos territorios dependientes de otras potencias, como Groenlandia y las islas Feroe (Dinamarca), Aruba, Curasao y Sint Maarten (Países Bajos), las colectividades territoriales francesas (con excepción de Nueva Caledonia) u otros.

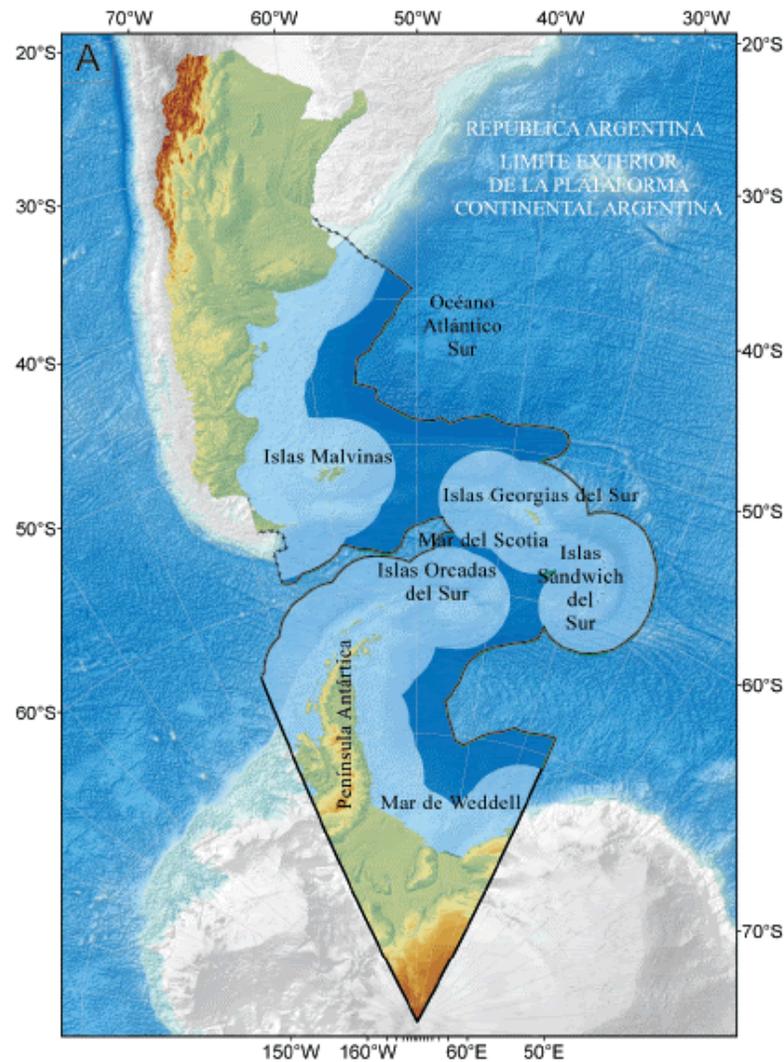


Figura n° 4

Mapa de la plataforma continental argentina

Fuente: Comisión Nacional del Límite Exterior de la plataforma continental. Cancillería Argentina. <http://www.plataformaargentina.gov.ar/es/mapaPlataforma>. Visitada el 15/8/18.

Las situaciones y características coloniales de los BOTs presentan una gran diversidad. Algunas islas están habitadas casi únicamente por descendientes de inmigrantes británicos; otras cuentan con mayoría de origen africano, descendientes de esclavos, o de otras nacionalidades

En cuanto a las islas del Océano Índico, el Territorio Antártico y las Georgias del Sur y Sándwich del Sur no cuentan con población permanente.

Con excepción de estas tres últimas, los BOTs integran el listado de dieciséis territorios no autónomos identificados por el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas y establecidos en 2002 por la Asamblea General como territorios carentes de soberanía y que deben ser descolonizados.

Cabe recordar también que todos los BOTs, al igual que otros territorios no nacionales dependientes de los Estados miembros de la Unión Europea, han sido reconocidos explícitamente y con status propio desde 2007 por el Tratado de Lisboa (Unión Europea. 2007) por el que se modifican el Tratado de la Unión Europea -Maastricht, 1992- y el

Tratado Constitutivo de la Comunidad Europea -Roma, 1957-, instrumento que, en la actualidad y hasta un nuevo tratamiento, cumple la función de carta magna de la asociación supranacional europea. En el Anexo II del mencionado Tratado de Lisboa se establecen los territorios que, bajo la denominación de Países y Territorios de Ultramar (PTU) serán beneficiados con las políticas económicas de la Unión Europea, de acuerdo con el Capítulo IV de dicho Tratado. Asimismo se plantea un mecanismo de asociación entre la UE y los PTU a fin de asegurar su desarrollo sostenible y observando la posibilidad de cambiar dicho status por el de Región Ultraperiférica (RUP), es decir, como un territorio nacional de ultramar, en estos casos del Reino Unido. Estas condiciones tienden a reconocer a los BOTs, y demás PTU, al igual que las RUP, como partes indisolubles de la Unión Europea.

Ateniéndonos a una perspectiva geopolítica sobre el área en estudio y excluyendo del análisis los territorios del Caribe, donde rige en la actualidad una supremacía estadounidense, se pueden considerar como Territorios de Ultramar del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte en el océano Atlántico Sur las cuatro siguientes unidades: Santa Elena, Ascensión y Tristán da Cunha; las Islas Malvinas (*Falklands* para los británicos); las Islas Georgias del Sur y Sándwich del Sur; y el Territorio Antártico Británico. Dichas unidades figuran en el mapa de la Figura nº 5.

Si se los considera a escala regional y según su distribución geopolítica, constituyen una línea estratégica ondulante que se extiende desde Ascensión hasta el Territorio Antártico, intercalando de manera proporcional a Santa Elena, Tristán da Cunha y Gough, Malvinas, Georgias del Sur y Sándwich del Sur. Este arco se continúa con las islas Orcadas del Sur y Shetland del Sur o Decepción y la Península Antártica, territorios todos que se encuentran al sur de los 60º S, es decir dentro de los alcances del Tratado Antártico.

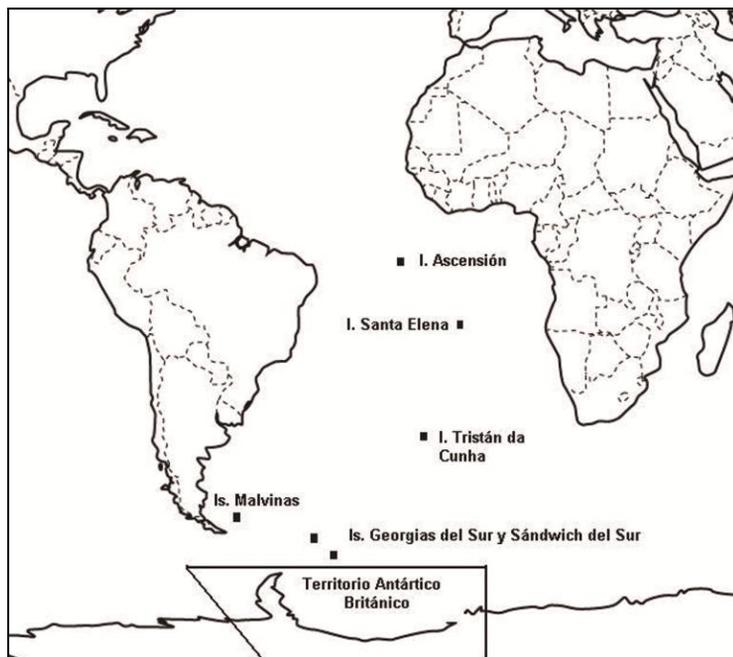


Figura nº 5
Los BOTs del Atlántico Sur

Fuente: Elaboración propia

Se trata de una disposición estratégica nada despreciable, con las Malvinas controlando la entrada a los pasos del Atlántico al Pacífico y dueña de bancos pesqueros y

reservas minerales; Santa Elena frente a las zonas petroleras africanas; Tristán da Cunha enfrentando el paso sudafricano¹⁰; Ascensión como contacto con Europa, el Caribe y el Atlántico norte; y el arco meridional (Georgias-Sándwich-Orcadas-Shetland) como acceso a la Antártida.

LA PRESENCIA BÉLICA

La significación estratégica de las islas está basada en dos premisas principales. Por una parte, la pertenencia del Reino Unido a la Unión Europea y su participación en la Política Europea de Seguridad Común (PESC) y, más particularmente, en la Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD). Dichas políticas se desarrollan en forma coordinada con la OTAN pero de manera autónoma en temas como el terrorismo, la proliferación nuclear, los conflictos regionales, el debilitamiento de los Estados y el crimen organizado. En tal sentido, han tenido participación especial en conflictos tales como la Segunda Guerra del Congo (1998-2005) que afectó un área internacional en la región africana de los Grandes Lagos y estuvo vinculada a la explotación de recursos mineros de suma importancia, como el caso del denominado “coltan”.

Vinculada a la PESC-PCSD se han desarrollado una serie de bases militares pertenecientes a las potencias europeas, principalmente Gran Bretaña y Francia, vinculado a las “bases domésticas” (en territorio europeo), unidas por líneas de comunicaciones vinculantes y coherentes y con un esquema de despliegue potencial en función de los objetivos planteados. En el caso del Atlántico sur, la línea principal une dos bases francesas en la costa africana –Port-Bouët, en Costa de Marfil, y Libreville, en Gabón- que vinculan su despliegue potencial con la base de la Royal Air Force Ascension, en la isla homónima, para posibles operaciones sobre el África Occidental, Ecuatorial y Austral. La comunicación continúa hasta Malvinas, donde la base RAF Mount Pleasant tiene una acción potencial hacia la región del Cono Sur suramericano, la zona de los estrechos Magallanes-Beagle-Drake, con acceso al Pacífico sur y, eventualmente a los océanos Antártico e Índico.

La existencia de otras dependencias no equipadas –Tristán de Cunha y Santa Elena-, desarmadas y con actividad principalmente civil, representa, sin embargo, una potencialidad futura de fácil organización.

En la actualidad, si bien el Reino Unido ha dejado de pertenecer a las estructuras de la Unión Europea, la OTAN sigue siendo el principal sistema defensivo al cual se encuentra adscripta, reforzada por la alianza especial que el gobierno de Londres mantiene con los Estados Unidos y de la cual participan otros tres Estados de base anglosajona, por fuera del área suratlántica: Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Así, la estructura militar seguiría teniendo un mismo referenciamiento organizativo a nivel estratégico.

Esta estrecha y comprometida vinculación del Reino Unido en el seno de la OTAN y de la alianza estratégica con Estados Unidos, permitiría el uso operativo de sus bases (Mount Pleasant, por ejemplo) por parte de la alianza atlántica y, aún más, le ha habilitado al ejército estadounidense una posición especial, la Base Cat Hill en Ascensión, fuera del área de influencia de la OTAN y en una región donde se ubican importantes actores, hoy

¹⁰ Este paso, al sur del continente africano, es sumamente frecuentado, en especial por los superpetroleros que transportan hidrocarburos del Golfo Pérsico a Europa y no pueden pasar por el Canal de Suez. Debido a las condiciones climáticas generadas en el área de la Convergencia Antártica (60° S.), el paso se realiza en forma muy próxima a la costa sudafricana.

aliados, pero con potencialidad emergente, como Brasil o Sudáfrica, y otros más díscolos, como Venezuela.

La capacidad bélica de este conglomerado militar, se vincula además a las operaciones, actuales o potenciales, que Estados Unidos mantiene tanto en América del Sur como en el continente africano. En este último caso, las acciones iniciadas en conjunto con el ejército francés están encaminadas a enfrentarse al principal enemigo identificado en la agenda política de Washington, el yihadismo. No es irracional presuponer que, en el caso sudamericano, las bases, actuales o potenciales, y los ejercicios militares implementados por el Pentágono, tanto como el accionar del Comando Sur, con base en Miami, se aboquen a una lucha similar contra un supuesto enemigo islámico. En ambos casos, el carácter disciplinador para las poblaciones locales es innegable.

SIGNIFICACIÓN ACTUAL Y CONCLUSIONES

La etapa geopolítica y económica iniciada en la nueva década, con su nuevo juego de tensiones y particularismos hegemónicos, parece haber desviado su atención hacia el Pacífico y el gran conjunto eurasiático, por una parte, o hacia los problemas internos de cada potencia, por otra.

Como destacáramos en un trabajo anterior (Dupuy y otros. 2015), los interrogantes futuros que presenta la vigencia de la hegemonía de la alianza Estados Unidos-Reino Unido, permiten revalorizar los códigos geopolíticos regionales de los Estados litorales: por una parte, las naciones suramericanas en proceso de afianzamiento de sus instituciones democráticas, de redimensionamiento económico, de renovación política con tendencias progresistas y de integración en estructuras como el MERCOSUR – Mercado Común del Sur- o la UNASUR -Unión de Naciones Suramericanas-; por otra, Estados africanos que resurgen de procesos complejos y traumáticos –democratización de Sudáfrica, fin de la guerra civil angoleña, tardía independencia de Namibia, fluctuaciones de la guerra y las dictaduras en el Congo-Kinshasa, dictaduras o democracias aparentes en Guinea Ecuatorial, Nigeria, Gabón...-. En ambas orillas se trata de Estados que han transitado una caótica década ultraliberal en los '90, cuyas características y consecuencias siguen afectando sus economías, en mayor o menor medida.

Visto desde una perspectiva regional, el proceso de expansión de las economías emergentes, paralelo al de depresión de las desarrolladas, está significando una salida de los márgenes espaciales tradicionales, los marcos continentales, y el desarrollo de políticas abiertamente transoceánicas. En el caso del Atlántico sur, el camino, apenas explorado en las décadas anteriores, se está perfilando como una tendencia irreversible en lo que va de este siglo.

Los actores en cuestión constituyen dos grupos de Estados que han transcurrido la segunda mitad del siglo XX bajo el signo del gran conflicto mundial, la Guerra fría. En el caso sudamericano, la estrategia impuesta por los Estados Unidos implicó la generalización de una metodología intervencionista con la imposición de regímenes autoritarios que, además de su secuela de violencia y opresión socioeconómica y política, demoraron notoriamente los procesos de desarrollo intentados en cada uno de ellos.

En el caso del África austral, la estrategia de confrontación periférica desarrollada por las dos superpotencias en la década de 1970, impulsada por Washington a partir de la derrota en Vietnam, implicando a la Unión Soviética, dadas las expectativas puestas por el

Kremlin en los procesos independentistas regionales, se encaramó en la descolonización tardía de las colonias portuguesas. Los protagonistas de esta lucha, los movimientos revolucionarios de Angola y Mozambique, terminado el enfrentamiento con la antigua metrópoli, se vieron inmersos en guerras civiles cuyos bandos representaban los intereses de las superpotencias. La internacionalización de dichos conflictos significó el involucramiento de Estados vecinos y lejanos. Además de la tensión producida por la presencia de flotas de las superpotencias, el régimen sudafricano del *apartheid* salió en apoyo de las facciones antisoviéticas, utilizando como base de operaciones para Angola, el control ilegítimo que se había arrogado en el territorio del África Suroccidental (hoy Namibia)¹¹. Por su parte, el sector angoleño en el gobierno, apoyado por la URSS, contó con la colaboración muy preciada de las tropas cubanas de la “Operación Carlotta”. Además, la propia Sudáfrica se encontraba convulsionada por la combatividad revolucionaria de las organizaciones antirracistas y reivindicativas africanas, encabezadas por el Congreso Nacional Africano. Otros países de la región, como Zimbabwe, también estaban comprometidos en luchas por la descolonización definitiva.

La salida de ambos conflictos implicó un esfuerzo muy doloroso en las dos orillas, y demoró desde las recuperaciones democráticas sudamericanas de los años '80 hasta el fin de la guerra civil en Angola en 2002, pasando por la caída del *apartheid* sudafricano en 1994.

Sumado a estas situaciones políticas, los Estados de ambas costas sufrieron pesadillas económicas derivadas de la imposición global del ajuste ultraliberal, representado, en el caso sudamericano, por graves crisis financieras y monetarias y, en el africano, por la profundización de la brecha con los desarrollados y el incremento de las consecuencias de males ya endémicos –alimentarios, climáticos, sanitarios, dependencia del mercado mundial, corrupción política, enfrentamientos interétnicos, rapiña transnacional, sumisión tecnológica...-.

En consecuencia, la reconstrucción parece haber sido la tarea propia de los primeros años de este siglo, necesidad compartida por todos los actores, y centrada, en el caso sudamericano, en el ascenso al gobierno de una nueva élite progresista e integradora. Sin embargo, es necesario identificar otras premisas, propias de los niveles de crecimiento alcanzados por cada uno de ellos.

- Para las potencias emergentes, como Brasil, resultaba indispensable acentuar la tendencia hegemónica planteada a partir de su intervención en conflictos regionales alejados, como el del Cercano Oriente, y en foros de discusión global –G-20, BRICS, etc.-. Su presencia en África resulta de una lógica regional insoslayable. Pero además debe responder a los principios económicos de búsqueda de mercados para sus productos y sus capitales. Sudáfrica, una potencia en una escala menor, tiene improntas parecidas.
- Para las economías emergentes de segundo orden, como Argentina, la urgencia pasaba por expandir sus mercados y abrirse camino en su carácter de interlocutor con grupos de países de distinto nivel, incluso las potencias desarrolladas, acrecentando su presencia internacional.
- Para los Estados aún sumergidos, era indispensable iniciar el proceso de solución de los problemas estructurales ya mencionados, para lo cual, deben contar

¹¹ Se trata de la antigua Colonia del África Suroccidental Alemana, entregada a Sudáfrica como Mandato de la Sociedad de las Naciones tras la derrota germana en la Primera Guerra Mundial y apropiada por el gobierno Sudafricano hasta su independencia con el nombre de República de Namibia en 1990.

con la opción que les permita no acudir a las recetas e imposiciones de las potencias centrales y los órganos multilaterales de crédito y comercio –FMI, Banco Mundial, OMC-.

En términos más generales, resultaba indispensable el desarrollo y afianzamiento de un sistema de relaciones Sur-Sur, como una oportunidad más equitativa de vinculación comercial, tecnológica, financiera y de promoción social, estructurada entre pares y no supeditadas a las actitudes paternalistas de las potencias desarrolladas.

Relaciones de este tipo a través del Atlántico sur significan el encuentro de regiones tradicionalmente alejadas debido a las prácticas comerciales y diplomáticas imperantes, heredadas de los procesos del colonialismo y la dependencia.

Más allá de los alcances de las políticas impulsadas por los distintos actores, cabe tomar como perspectiva de análisis lo ocurrido en los dos “conos” australes de los continentes involucrados y, en particular, sus frentes atlánticos. Para el caso africano, podemos centrar el análisis en tres Estados que presentan un amplio frente sobre este océano: Angola, Namibia y Sudáfrica. Sus niveles socioeconómicos resultan claramente diferenciados, como puede verse a partir de algunos indicadores en el Cuadro de la Figura nº 6.

	Superf. (mil km2)	Pobl. (mil hab.**)	PBI Crecim. Anual (%*)	PBI/cáp (U\$S*)	Tasa Desem- pleo (%*)	Pobl. Bajo nivel de pobreza (%*)	Balanza comercial (millones U\$S*)
SUDÁFRICA	1.219	48.810	3,1	11.100	24,9	50	+ 1.350
ANGOLA	1.246	18.056	3,4	6.000	s/d	40,5	+40.870
NAMIBIA	824	2.166	3,6	7.500	51,2	55,8	-777

* Estimado 2011

** Estimado Julio 2012

Figura nº 6
Indicadores socioeconómicos de Sudáfrica, Angola y Namibia

Fuente: CIA “The World Factbook”. Consultado el 8 de agosto de 2012 en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/wa.html>

También se debe diferenciar su estructura de participación en el mercado mundial. Mientras Sudáfrica participa con *commodities* mineras muy variadas (siempre encabezadas por oro y diamantes), junto con manufacturas de bienes de equipo (maquinarias y equipamiento), Angola y Namibia presentan una típica estructura primario exportadora encabezada por petróleo, diamantes y derivados de las actividades forestal y pesquera y Namibia se ve limitado a vender sus minerales y derivados industrializados de la pesca. El principal socio de los tres ya ha pasado a ser China, desplazando a Estados Unidos, Japón, Alemania, Reino Unido y Portugal (en el caso de Angola). (CIA.2012)

También en materia de inversiones, China aparece compitiendo o desplazando a los habituales socios occidentales, en especial a partir de la prolongación de la crisis de los desarrollados.

Como se puede apreciar, la presencia de países latinoamericanos es muy reducida en este mercado tan particular. A pesar de ello, no se puede dejar de señalar que las relaciones entre ambas orillas están fuertemente caracterizadas por una creciente presencia brasileña. La potencia sudamericana ha venido construyendo, desde hace varias décadas, una política africana como parte de una estrategia de inserción mundial. Se trata de un proceso difuso pero coherente con sus aspiraciones geopolíticas, y netamente más continuo que el resto de los países sudamericanos.

Además de la tendencia expansionista, ya evidenciada en épocas de las dictaduras cariocas, Brasil posee una identidad cultural que le permite relacionarse más fácilmente con las sociedades del África subsahariana. Se debe recordar que poco menos de la mitad de la población brasileña tiene orígenes africanos y que la africanidad se encuentra presente en muchas de las tradiciones de su cultura popular. Por otra parte, las relaciones de Brasil con Angola se encuentran favorecidas por la pertenencia a una misma lengua y por haberse emancipado, aunque en siglos diferentes, de la misma metrópoli colonial (Sbarbi Osuna.2010).

Esta tendencia se vio claramente incrementada a partir de los numerosos viajes realizados a países africanos por el ex presidente Luiz Inácio *Lula* Da Silva y sus funcionarios. En la actualidad el aporte brasileño está centrado en activos comercios bilaterales en materia de recursos alimentarios, muy escasos en bastas regiones debido a los cambios climáticos tendientes a la desertización, agudizados por un agotador uso del suelo para cultivos de exportación. Además, las empresas brasileñas están realizando importantes inversiones para el incremento y mejoramiento de las producciones locales, como es el caso de Petrobras en la extracción e industrialización petrolera angoleña, trabajando asociada a la nacional Sonangol.

Pero la estrategia brasileña intenta diferenciarse tanto de las políticas paternalistas y explotadoras desarrolladas por las potencias centrales, como de la presencia arrolladora de China. Sus intercambios van acompañados por un sistema de cooperación en materia de lucha contra el hambre, desarrollo agrícola, avance tecnológico e inclusive, colaboración militar. En este aspecto, resulta interesante constatar la presencia, desde los años '90, de personal especializado de la marina brasileña en Namibia, destinado a la formación de cuadros que permitieron la creación, de cero, de una estructura naval para el patrullaje de las costas namibias y la represión de la pesca clandestina realizada por numerosas embarcaciones de muy diversos países (Salles.2010).

Con Sudáfrica las relaciones han sido más discontinuas y en la actualidad, a partir de la pertenencia mutua al BRICS y el IBSA, se están desarrollando acuerdos que no se centran en la ayuda, como con el resto de países africanos, sino en vínculos entre pares que buscan complementar sus intercambios.

El caso de Argentina presenta similitudes históricas en cuanto al carácter difuso y discontinuo de las relaciones, en particular con Sudáfrica, y hasta este año, nulas o casi nulas con el resto de países de la región. (D'Elía y Stancanelli.2009). El reciente viaje presidencial a Angola ha abierto perspectivas tal vez de largo aliento, pero inevitables en cuanto a impulsar los contactos Sur-Sur (Veiras.2012).

Se trata de dos Estados, Argentina y Brasil, que están impulsando políticas coherentes con sus acciones integracionistas en el ámbito interno. Su políticas exteriores resultan

concordantes y encarnan una nueva visión de las relaciones internacionales, vinculadas a un multilateralismo que se presenta con características orgánicas (relaciones diplomáticas y comerciales bi o multilaterales más o menos institucionalizadas) o difusas (organización de cumbres tendientes a acuerdos más bien circunstanciales) (Lechini.2003).

En este orden de cosas, se impulsó un sistema de reuniones alrededor del denominado Foro de Cooperación América del Sur – África (ASA). A sus reuniones bianuales, iniciadas en Abuja (Nigeria) en noviembre de 2006, asistieron 54 países africanos y 12 de Sudamérica. La iniciativa fue impulsada por dos organismos integracionistas, la Unión Africana (antiguamente Organización para la Unidad Africana –OUA-) y la UNASUR. Estaba centrada en la búsqueda de oportunidades de cooperación en diversas áreas como comercio, agricultura, energía, tecnología, recursos hídricos, turismo, etc. (Traoré.2010)

Por otra parte, desde 2003 se viene reuniendo el Foro Trilateral IBSA (India-Brasil-Sudáfrica) que, como ya se ha expuesto, permitió el avance en las relaciones entre los dos emergentes suratlánticos. Nacido del fracaso de las deliberaciones de la OMC realizadas en Cancún en ese año, los términos de su declaración inaugural en Brasilia, dan muestra de las intencionalidades multilateralistas de sus miembros, en cuanto a mejorar la arquitectura financiera internacional, la orientación de los capitales hacia el desarrollo sostenible o asegurar la democratización de la Organización de las Naciones Unidas a partir de la ampliación de su Consejo de Seguridad (Danglin.2012).

Sin embargo, tras la grave crisis desatada en el año 2008 en las potencias centrales como una gran burbuja financiera, la situación, si bien no se ha modificado en términos globales, evidencia una grave freno a los intereses de las economías emergentes. Los BRICS han moderado notoriamente su nivel de crecimiento y sus expresiones políticas. En el caso brasileño, se podría hablar de una verdadera defección, con una tremenda regresión económica y una crisis política que la retira, al menos momentáneamente, del protagonismo global. Solo China mantiene su posición de líder en ascenso, acrecentado por su capacidad de expansión planetaria y el retroceso de Estados Unidos en su puja por el control mundial, en especial en el área del Pacífico. En ese ámbito, el gigante asiático es ya la heredera de la hegemonía norteamericana.

En América Latina, los intentos del progresismo han perdido protagonismo, la UNASUR está prácticamente inmovilizada y el MERCOSUR sólo mantiene su andamiaje económico con sus dos líderes en plena decadencia económica y política. Incluso los nuevos emergentes, los Estados de la Alianza del Pacífico –México, Colombia, Perú y Chile-, han quedado huérfanos de su dirigente hegemónico a partir de los cambios introducidos por la nueva administración Trump.

Así, si bien el giro hacia el Pacífico ha reducido notoriamente la posibilidad de impulsar políticas suratlánticas que pongan a la región en un escenario geopolítico de relieve, las expectativas hegemónicas en la región no quedan suficientemente claras y explícitas, más allá de los logros económicos y de presencia militar que ya ostentaban. El Atlántico sur queda, así, nuevamente relegado a un papel secundario, incluso para los desplazamientos más impactantes de la política de Beijing.

Bibliografía

- ARRIGHI, G. (1999) *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid: Akal.
- BRAUDEL, F. (1968) *La Historia y las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Pleamar.
- COUTAU-BEGARIE, C. (1988). *Geostrategia del Atlántico Sur*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- CIA. "The World Factbook". Consultado el 8 de agosto de 2012 en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/wa.html>
- DANGLIN, (2012). "Pacto democrático entre potencias del sur", en: VV.AA. *Le Monde Diplomatique. Edición especial. El fin del Primer Mundo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- D'ELÍA, C. y Stancanelli, N. E. (2009). "Argentina-Sudáfrica: inserción en el mundo y relación bilateral" Revista del CEI. Comercio Exterior e Integración nº 16, noviembre de 2009. Consultada el 19 de julio de 2012 en: <http://www.cei.gov.ar/userfiles/parte04a.pdf>
- DUPUY, H. y otros. "La cuenca del Atlántico Sur: una región geopolítica en transición", en: *XVII Jornadas de Investigación*. La Plata: Centro de Investigaciones Geográficas y Departamento de Geografía – UNLP – FaHCE,, 2015.
- DUPUY, H., MORGANTE, M. y SALESSI, M. L. "China ¿Giro hacia América Latina? La segunda potencia mundial concentra sus intereses en la región", en: La Plata: VII Encuentro del CERPI y V Jornada del CENSUD "Argentina y América Latina frente a un mundo en transformación" (CERPI y CENSUD, Instituto de Relaciones Internacionales, UNLP), 2015. http://congresos.unlp.edu.ar/index.php/CERPI-CENSUD/encuentrocerpi_jornadacensud2015/search/titles
- HARVEY, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- LECHINI, G. (2003). "Las políticas exteriores de Argentina y Brasil hacia Sudáfrica con el fin del apartheid. Un análisis de la década de los '90" XI Congreso Internacional de ALADAA. 12 a 15 de noviembre de 2003. Ciudad de México. Consultada el 19 de julio de 2012 en: <http://ceaa.colmex.mx/aladaa/imagesmemoria/gladyslechini.pdf>
- MAHAN, A. T. (1935). *Estrategia naval. Comparada y contrastada con los principios y práctica de las operaciones militares terrestres*. Buenos Aires: Escuela de Guerra Naval. Tomo II.
- SBARBI OSUNA, M. (2010). "Brasil y África: dos mundos que se reencuentran" Observador Global.com. 1 de noviembre de 2010. Consultada el 17 de julio de 2012 en: <http://observadorglobal.com/brasil-y-africa-dos-mundos-que-se-reencuentran-n11970.html>.
- SALLES, F. (2010). "Projeto Namibia. A Marinha e a nova relação Brasil-África". Base Militar web Magazine. 5 de noviembre de 2010. Consultada el 18 de julio de 2012 en: <http://www.alide.com.br/joomla/index.php/capa/87-edicao-48/1574-namibia-e-brasil-um-modelo-para-a-africa-ocidental>.
- TAYLOR, Peter y Colin Flint. (2002) *Geografía política. Economía mundo, Estado-nación y localidad*. Madrid: Trama.
- TRAORÉ, M. (2010). "¿Qué pasa con el ASA (América del Sur – África)?" APORREA. 26 de mayo de 2010. Consultada el 17 de julio de 2012 en: <http://www.aporrea.org/tiburon/a101331.html>.
- Unión Europea (2007). *Tratado de Lisboa*. Gobierno de España. Ministerio de Justicia. Boletín de Información.

<http://www.mjusticia.gob.es/cs/Satellite/Portal/1292338956839?blobheader=application%2Fpdf&blobheadername1=Content-Disposition&blobheadername2=>

SuplementosBoletin&blobheadervalue1=attachment%3B+filename%3DTratado_de_Lisboa.PDF&blobheadervalue2=1215327821103. Visitada el 15/8/18.

VEIRAS, N. (2012). "Una plataforma para nuestros empresarios". Página/12. 19 de mayo de 2012. Consultada el 18 de julio de 2012 en

<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-194416-2012-05-19.html>.

WALLERSTEIN, I (2006). *La decadencia del poder estadounidense*. Buenos Aires: Le Monde Diplomatique-Capital Intelectual.